

Una contribución a la Sociología contemporánea. Revisitando «La sociedad cortesana» de Norbert Elias

«En la corte, no importa nunca la realidad, sino siempre lo que significa respecto a determinadas personas»
(Saint Simon, en Elias, 1993: 136).

Por: Patricia Collado

Abstract

In this article we reflect on the work of Norbert Elias in courtly society. The choice of the text was made considering that it combines a detailed work of sociological research with author's teórica-metodológica proposal. There he discusses the relationship between history and sociology, the criticism of the functionalist paradigm and a of «figurational/process sociology» proposal. The intention is to understand how to perform a social research in which positions of subjects are linked in networks interdependent relationship avoiding the split between structure and the subject. Finally we appreciate the contribution of Elias to the complex analysis of contemporary societies.

Keywords: *Norbert Elias; social formation; figurational/process sociology.*

El siguiente artículo reflexiona sobre la obra de Norbert Elías en torno a la sociedad cortesana. La elección del texto se hizo considerando que el mismo conjuga un detallado trabajo de investigación sociológica con la propuesta teórica-metodológica del autor. Allí, aborda la relación entre historia y sociología, la crítica al paradigma funcionalista y la propuesta de una «sociología figuracionista».

La intensión reside en comprender cómo realizar una investigación social en la que las posiciones de los sujetos se enlazan en redes de relaciones de interdependencias, evitando la escisión entre estructura y sujeto. Finalmente se valora el aporte de Elías en función del análisis complejo de las sociedades contemporáneas.

Palabras claves: Norbert Elias, formación social, figuración (configuración).

A modo de introducción

Realizar una reflexión sobre un libro que se publicó en alemán en 1969 parece un despropósito a los ojos de la vorágine editorial de la sociología contemporánea. Más aún si en nuestro idioma (español), este texto apareció de la mano del Fondo de Cultura Económica en México, durante 1982. Sin embargo su autor y su obra gozan de un renovado interés por parte de investigadores, docentes y alumnos de Ciencias Sociales. Es que en el desarrollo actual de la complejidad social contemporánea, Norbert Elias aporta un haz de claves heurísticas fundamentalmente para aquellos que pretenden indagar su derrotero¹.

No extrañaría al mismo Elias lo tardío del reconocimiento de este particular escrito. Él mismo fue un intelectual «invisible» en el largo trayecto de su añosa vida, signada por los avatares de las guerras mundiales, la persecución y el exilio (Béjar, 1994; Elias, 1995).

Y esto se debe a que *La sociedad cortesana* es un texto elemental a los ojos de un investigador-sociólogo. En ella, parafraseando al propio Elias, se teje un entramado coherente entre trabajo documental – investigación empírica – y reflexiones teóricas-metodológicas a propósito del objeto de estudio. Algunas veces este objeto – la formación social cortesana – se impone en la reflexión con amplios detalles dando cuenta en la exposición cómo se debe transponer y explicitar (con qué método) un fino trabajo de indagación, descripción y análisis socio-histórico. En otros momentos, el objeto se vuelve un telón de fondo, que posibilita al autor realizar apreciaciones teóricas, reflexiones metódicas y discusiones sobre algunos tópicos de la sociología o la historia en torno a los caminos que generalmente adoptan ambas ciencias en sus *modus operandi* dominantes.

Su obra puede considerarse a la manera de un cuadro en el que cada pincelada guarda una lógica singular que, sin embargo, se articula de modo orgánico con la

1 Hay dos tendencias en la sociología contemporánea que coadyuvan a la revalorización de la obra de Norbert Elias. Una atiende a los complejos desarrollos de la «sociedad red», para cuya comprensión la propuesta de las figuraciones (redes de interdependencias) conforman un soporte teórico y metodológico de envergadura. La otra proviene de la sociología del cuerpo y las emociones, en el camino de integrar aspectos sociogenéticos y psicogenéticos en la problemática de la corporeidad de los sujetos. Más en términos generales, lo que prevalece en la valorización de Elias es su mirada reticular de las sociedades complejas, ajena a cualquier determinismo. Sobre esta postura, ver Sergio Miceli (2001).

totalidad que pretende describir y en la que basó una reflexión sociológica ‘fundante’. Su propuesta se cimentó en el distanciamiento crítico de la sociología funcionalista de cuño parsoniano, con la que dialogó sin cansancio a lo largo de sus argumentaciones. Lejos de realizar una crítica vaciada, la misma se amparó en un método original que dio entidad a su sociología y que trascendió al sujeto en sí y sus acciones para conformar la llave de comprensión que nos heredó: la propuesta de una sociología «figuracionista» en la que cada sujeto actúa en un entramado de relaciones que posibilitan su acción a la vez que es constreñida por ese tejido relacional.

Se *distanció* nuevamente del paradigma sociológico dominante al proponer un tema extraño a la agenda académica de posguerra. En el momento de la producción de la obra, los periplos de una formación social cortesana estaban lejos de las problemáticas que preocupaban a los sociólogos contemporáneos a Elias². Lo *hizo* ex profeso, pues con ello demostró que los estudios sociológicos debían trascender los marcos que imponían ciertos ámbitos académicos y, paralelamente, que se podía hacer una sociología en y de cualquier espacio-tiempo.

A sabiendas que el tema era «inocente» su propuesta *cohró* mayor agudeza. Es que su meta final fue contribuir a la tarea investigativa a través de una forma novedosa de apreciación de lo social y de un nuevo abordaje de lo que denominamos «realidad». De este modo nos convocó a dejar de lado el cultivo de las apariencias, la descripción llana de lo fenomenológico, para desentrañar con ayuda de la historia, los modos en que se configura y con el paso de los siglos se transforma, «la sociedad».

La sociedad cortesana conforma la piedra inaugural de su edificio intelectual. Fue producto de su tesis de habilitación (1930) realizada bajo la dirección de

2 La obra que estamos considerando fue «producida» entre 1925 y 1930. La sociología con la que dialoga Elias es fundamentalmente weberiana y durkeimiana. Sin embargo, sus aportes denotan un claro asidero en las contribuciones de Sigmund Freud. Así lo reconoce muy tardíamente el propio Elias a Roger Chartier: «Sin Freud, yo no habría podido escribir lo que escribí. Su teoría fue esencial para mi trabajo y todos sus conceptos (yo, superyo, libido, ello, etcétera) me resultan muy familiares. Pero Freud durante su vida estudió a hombres y mujeres que vivían a fines del siglo XIX y a comienzos del XX (...) El problema radica en comprender cómo y por qué emergió progresivamente la estructura de la personalidad que describe Freud» (Chartier, 1985).

Alfred Weber³. Para los estudiosos de las contribuciones eliasianas *La sociedad cortesana* juntamente con *El Proceso de la Civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (1939), *Introducción a la Sociología* (Sociología Fundamental, 1970) y *Los Alemanes* (1989) constituyen el cuadrángulo en el que se sostiene la plenitud de su obra (Waizbord, 1999; Brandão, 2007)⁴.

Nuestro objetivo, entonces, es mostrar cómo se construyó la sociología figuracional, siguiendo esta obra primigenia de Elias. En ella las relaciones de interdependencia abren el juego para comprender una formación social a través de diminutas «puertas de entrada», componiendo en mosaicos una «totalidad expresiva» (Miceli, 2001). Esto lo logró, según Miceli (2001: 121), utilizando fragmentos de correspondencia, episodios de romances, ejemplos extraídos en manuales de autoayuda o de buenas costumbres, narrativas pictóricas, formas ceremoniales de tratamiento, registros de *banalidades* y *bagatelas*, datos sobre despensas y adquisiciones, relatos de fiestas y solemnidades, duelos, encuentros y desencuentros amorosos, todo ello utilizado como evidencia de análisis.

Nuestro fin último (rescatar esta forma de acceder a lo social) es de algún modo asediar a algunas posturas de la sociología contemporánea de su actual tedio. Ese que pareciera desestimular la creatividad al aceptar la aparente transparencia de la sociedad de la información y su correlato, la vacuidad de cualquier posibilidad en la construcción de un conocimiento sobre sí misma que sea tan nuevo como original.

Con este hilo rector, trazaremos el siguiente camino. En primer lugar, atenderemos a la singular relación entre sociología e historia, *cuestión* que embebe su particular propuesta. A continuación, mostraremos los modos de enhebrar mosaicos en la configuración que hace de la sociedad cortesana a través de sus minúsculos detalles. Para terminar, reflexionaremos sobre los aspectos que podemos rescatar de esta obra tras las huellas de su sociología fundamental.

³ Originalmente denominó a su trabajo *El hombre de la corte. Una contribución a la sociología de la corte, de la sociedad de la corte y de la monarquía absolutista*. Entre su prolífica obra podemos mencionar *La condición humana* (1985); *La sociedad de los individuos* (1987), *Teoría simbólica* (1991), *Mozart: sociología de un genio* (1993).

⁴ *La sociedad cortesana* y *El proceso de la civilización...* pueden considerarse como obras complementarias. Mientras la primera muestra un análisis sincrónico de la configuración de la corte de Luis XIV, la otra analiza el proceso de «acortesamiento» de las sociedades guerreras en un análisis diacrónico.

Desde dónde pensar y construir «figuraciones»

Uno de los primeros mitos que podemos abatir con la obra de Elias es el de los obstáculos que impone la complejidad social a su comprensión actual. La diversidad de posiciones sociales y la diferenciación de situaciones sociales planteadas como «nueva cuestión social» se tamizan en la perspectiva procesual tomada en el decurso histórico. El fructífero maridaje entre sociología e historia, propuesto por nuestro autor, colabora a interpretar las formaciones sociales (pasadas y actuales). En el caso de Elías esta vocación conforma un programa de indagación que remite a un marco de larga duración. Su preocupación giraba, entonces en torno a:

«La cuestión acerca de una configuración de hombres interdependientes, que no sólo hacían posible, sino necesario, al parecer, que muchos miles de hombres, a lo largo de los siglos o milenios, se dejaran gobernar constantemente, sin ninguna posibilidad de control, por una sola familia o sus representantes» (Elias, 1993: 11).

A propósito de este interés, sostuvo su trabajo de pesquisa en ubicar la especificidad del conocimiento sociológico en una mirada que comparte con la historia su fundamento en el pasado. La crítica a la forma en que se estudiaba la historia fue un *leit-motiv* para Elías, preocupado en trascender la mirada de los «grandes hombres» y «los magnos acontecimientos» tanto como a sus epígonos (los historiadores), que daban limitada cuenta de «una historia que se parafrasea constantemente» (Ranke, en Elias, 1993: 13).

Acotada al abordaje de personajes relevantes, la realidad histórica aparecía plagada de luces y sombras *arrojadas* sobre sus actores, valorando según los juicios de hoy a los procesos sociales de ayer. Es así que nuestro autor se preocupó en diferenciar y a la vez establecer el alcance de un estudio socio-histórico. Dice Elias:

«...la investigación sociológica se diferencia de la histórica, entre otras cosas, por el conocimiento de que incluso la posición y selección de los problemas concretos quedan al arbitrio heterónimo del investigador individual o de los convencionalismos religiosos heterónomos de ciertos investigadores si, en constante reacoplamiento con el progreso del saber particular, uno no se esfuerza en desarrollar, libre de la influencia de

partidismos, oscilantes y transitorios de la propia época, modelos de relaciones que sean más objetivos y autónomos que los anteriores» (Elias, 1993: 17).

Eliás fundó un análisis reflexivo de la realidad social que no estaba permeado de valoraciones, aún más, que encontraba un patrón para la indagación de las formas subjetivas (las conductas, las actitudes y aptitudes, los valores humanos), a partir de un acercamiento a la realidad que pudiera ser contrastado y que no dependiera de juicios previos del investigador. Su contribución se orientó fuertemente a afirmar que las cuestiones sociales pueden y deben analizarse desde un método objetivo de carácter singular. Y que las pasiones de los hombres, sus relaciones y comportamientos podían y debían ser parte de una investigación verificable.

Para ello, derribó algunos de los límites más infranqueables de los estudios históricos, que percibían a los acontecimientos sociales bajo su marca de «irrepetibilidad» y «unicidad», tomados ambos *a priori* como incuestionables. De tal modo que, para un investigador interesado en el pasado como *continuum* o ruptura, en aquello que sedimenta y que de alguna forma queda en las formaciones sociales o, en cambio, las características que se pierden en el decurso de las comunidades humanas, no habría jamás posibilidad de encontrar ninguna regularidad como tampoco una forma de acercamiento eficaz a dichos procesos. Al ser éstos únicos e irrepetibles, cada estudio se encontraba atrapado siempre en su particularidad y resignado al recuento de pormenores o eventos únicos. Así: «Cuando abordamos la cuestión acerca de la relación entre historiografía y sociología, el problema, repetidas veces mencionado de la unicidad de los acontecimientos históricos, juega un papel principal... la idea según la cual la unicidad e irrepetibilidad de los acontecimientos son una nota característica y distintiva de la historia humana... va ordinariamente acompañada por otra idea, a tenor de la cual esta 'irrepetibilidad' está fundada en la naturaleza del objeto, esto es, en la realidad misma...» (Elias, 1993: 20).

Para responder a esta encrucijada, remarcó su contrario, esto es que en toda sociedad humana había una invariante, la humanidad como especie y que en tanto tal, el ser biológico de los hombres era una constante a lo largo del tiempo. Pero con él, con su ser hombre mismo, se daban otras características que hacían a la humanidad y que en su fundamento no variaban: la experiencia y el aprendizaje.

Para poder vivir en comunidad, para poder sostenerse como sociedad a través del tiempo, las comunidades humanas debieron aprender y transmitir sus experiencias a las generaciones posteriores. Entonces, las configuraciones, las formas que adoptaban las relaciones entre los hombres podían y necesariamente debían ser transmitidas⁵: «La modificación de las configuraciones humanas depende muy estrechamente de la posibilidad de que experiencias que ha tenido una determinada generación se transmitan, como saber social aprendido, a las siguientes generaciones. Esta continua acumulación social de saber aporta su contribución al cambio de la convivencia humana, a la transformación de las configuraciones formadas por hombres» (Elias, 1993, 24).

En el mismo sentido luego afirma:

«Cada uno de los individuos que forman entre sí tales configuraciones es único e irrepetible. Pero la misma configuración puede mantenerse durante muchas generaciones con un ritmo transformacional relativamente lento» (Elias, 1993: 25).

De este modo, Elias provocó un alejamiento de la comprensión de lo social desde los tipos ideales weberianos, ya que lejos del establecimiento modélico de las cuestiones sociales, las configuraciones son «tan reales como los hombres individuales que las constituyen» (Elias, 1993: 25). Para construir configuraciones de hombres reales fue necesario realizar una vinculación eficaz entre sistemática de lo social y trabajo empírico, es decir una relación que, a la luz de la conceptualización teórica pudiera dar cabida a la consideración de las acciones y méritos de los actores individuales.

He aquí otro aporte de su propuesta, pues la comprensión de las formaciones sociales no se inscribe en la dualidad entre sujeto y objeto, sino que trasciende la antinomia entre fenómenos sociales e individuales que, en la percepción eliasiana, corresponde a la falacia de considerar a la sociedad como algo extraindividual o, su polo opuesto, al individuo como extrasocial. Considerando a ambos como inescindibles (individuo y sociedad), postuló el concepto de «configuración», según el cual:

⁵ Sobre la discusión específica del conocimiento y autoconocimiento en el pensamiento eliasiano, ver Elias (1990).

«Al hablar de que hombres individuales constituyen conjuntamente configuraciones de diverso tipo, o de que las sociedades no son más que configuraciones de hombres 'interdependientes', lo social queda irremediamente atado al individuo y a la inversa, lo individual no puede ser concebido y por tanto analizado por fuera de lo social» (Elias, 1993: 31).

Para el sociólogo ni el individuo ni la sociedad eran sustancias pasivas distintas y aunque ambas podían distinguirse no eran susceptibles de analizarse por separado⁶. El individuo en proceso es sustancia social y la sociedad se sustancia en individuos, siempre en relación o inmersos en redes de relaciones:

«En el análisis de las configuraciones, los individuos aparecen en alto grado, tal como se les puede observar, como sistemas peculiares abiertos, orientados mutuamente entre sí, vinculados recíprocamente mediante interdependencias de diversa clase y, en virtud de éstas, formando conjuntamente configuraciones específicas» (Elias, 1993: 41).

Por tanto las configuraciones sociales (siguiendo al autor) están formadas por individuos, sin embargo, al ser algo diferente a los mismos, puede afirmarse que cambian más lentamente que los hombres que las componen. La sociedad cortesana, como ejemplo de configuración, cambió despaciosamente en el tiempo, en el curso de los siglos, sirviéndose de generaciones de hombres particulares que vivieron inmersos en su entramado de interdependencias. La relación entre individuos y una determinada configuración es, empero, estrecha: «Las configuraciones son relativamente independientes de los individuos determinados, pero no de los individuos en general» (Elias, 1993: 42).

Esta imbricación entre individuo y sociedad *sorteó*, a partir del establecimiento de las configuraciones, el dilema en el que generalmente se *jugaba* la ponderación histórica de ciertos personajes cuya relevancia había sido fundamental en el curso de una formación social. Mediante ellas las valoraciones de sus méritos evadieron el sesgo que llevó a pensarlos como individuos que detentaban una irrestricta independencia y que por ello, eran capaces de un margen elevado de libertad y

⁶ En este punto el autor se *dirigió* especialmente a recusar la propuesta estructural-funcionalista de Talcott Parsons (1974) debido a que la idea misma de sistema presenta un abismo de distancia entre individuo y sociedad. Sobre este aspecto ver: Prólogo de Elias de 1968 en *El proceso de la civilización* (1993b).

maniobra. Elías repasaba el absolutismo de Luis XIV, pero podríamos poner en su lugar a cualquiera de nuestros héroes o personajes célebres de la escena contemporánea, para rever que sus decisiones y opciones se valoran, generalmente, *como si* los límites de las mismas dependieran de su juicio y acción autónomos, desgajados de las condiciones y condicionamientos sociales.

Contrario a esta forma de pensar y analizar a los individuos, en una configuración nuestros sujetos se localizan en una red de dependencias dentro de las cuales, a cada uno se le presenta un campo de decisiones individuales que limita o condiciona sus oportunidades de elección y que se aleja de la valoración meramente «personal», ya que se considera el peso de los condicionantes sociales en los cuales cada decisión es tomada. Todo individuo es interdependiente de otros y por tanto no cuenta con una suma inaudita de libertad de elección.

Puestos en esta concepción, la misión del investigador será entonces construir el diseño de esa red de dependencias que hacen a cada formación social singular y que, a través de un exhaustivo trabajo de pesquisa, es factible de comprobación por parte de la comunidad científica. En una configuración, las elecciones de los individuos son comprobables:

«La estructura de las interdependencias que vinculan a los individuos mutuamente es, en el caso de cada hombre individual, así como para grupos enteros de hombres, accesible a una progresiva investigación empírica. Tal estudio puede llegar a resultados susceptibles de presentarse bajo la forma de un modelo de interdependencias, de un modelo de configuración» (Elias, 1993: 48).

El trabajo del sociólogo debe por ello afirmarse en el estudio documental y minucioso de todos aquellos datos que den cuenta de dicha red de relaciones, sin perderse en el enjambre de informaciones sobre los mismos, sino buscando alcanzar una interpretación histórico-científica de los vínculos entre esos detalles (Elias, 1993: 50). Esto es lo que pretende y lo que logra Elías a propósito de la sociedad cortesana.

Específicamente el estudio de la formación social cortesana

Puesto en este ámbito de interés, nuestro investigador hizo gala de un conocimiento erudito de la producción documental que daba cuenta de esta formación social. Aclarado que su objeto fue desentrañar cuál era la configuración

de tal sociedad, su indagación escogió como hilo directriz una problematización particular. Elías se preguntó: «¿Cuál era la estructura de ese campo social, la distribución de las oportunidades de poder en el mismo, qué exigencias resultaban de la estructura de la sociedad cortesana (y), finalmente qué hizo que durante generaciones grupos de hombres se encontrasen reunidos en esta configuración?» (Elías, 1993: 53).

Para contestar a esta cuestión, nos zambulle en este espacio social de la mejor manera, describiendo la disposición habitacional, es decir, los lugares físicos en los que desarrollan su vida los cortesanos de Luis XIV. ¿Qué dice de la sociedad cortesana el mapa complejo en que se inscriben los espacios que habitan los diferentes estratos sociales? Esta parece haber sido la guía que desarrolló nuestro autor con un meticuloso detalle en el que diseñó la planografía de las estructuras habitacionales de cada estamento social que componía la sociedad cortesana.

Para ello partió de las formas en que el palacio -en este caso su más alta expresión: Versalles- daba cuenta de la organización social de modo conjunto, en el cual se podían leer los roles y papeles sociales asignados a los sujetos, que se sustanciaban en la organización del espacio mismo, pero que por otra parte, denotaban la función de cada uno de estos sujetos y hasta sus relaciones.

Si la organización social tenía su cúspide en la figura del rey, era el palacio mismo la vara con que se medían las diferentes formas edilicias usadas por los demás miembros de la formación social. Pero, en el mismo sentido, nada era comparable a la casa del rey (la casa de toda Francia) que, a la vez que constituía el parámetro para el resto de los estamentos sociales, marcaba la distancia (inconmensurable) que separaba a la realeza del conjunto de la población.

Así recorrió las características del *palais* (de un príncipe o del rey), el *hôtel* (edificio que habita el cortesano) y las *maisons particulières* (de los estratos burgueses profesionales), para llegar luego a los habitáculos de todos aquellos que pertenecían al conjunto indiferenciado de una población sin rango ni abolengo.

La estructura habitacional cargaba con una importancia poderosa, la de la representación social de quien la detentaba. Por ello el lugar de la habitabilidad era una continuación del estamento y de la función de quien en ella vivía. Versalles representó así la magnificencia del rey y los lugares que ocupaba su corte en función del mismo, mientras que en una escala mucho menor, los hoteles de los

cortesanos emulaban la disposición y las funciones que le correspondía a un noble.

En idéntico sentido, cada detalle del estilo arquitectónico mostraba las diferenciaciones dentro del estrato, en función de las posiciones sociales que cada capa social tenía en su configuración específica: «La residencia de un príncipe que conduce un ejército -se dice por ejemplo-, de un cardenal, de un *premier magistrat*, esto es del detentor de uno de los cargos supremos de la judicatura, y, finalmente, de un *ministre éclairé* que ha sido delegado para gobernar, debe tener una apariencia totalmente distinta de la casa de un simple mariscal de Francia o de un obispo y un *président à mortier*, es decir, de hombres de una categoría inferior dentro de la jerarquía de aristocracia, clero, toga y pluma. Todos aquellos, a saber, que son personas «que no poseyendo el mismo rango dentro de la sociedad, deben tener aposentos en los que el ordenamiento proclame la superioridad o inferioridad de los diferentes niveles de su estado social» (Elías, 1993: 82).

En el recorrido de estas descripciones comenzaron a emerger algunos temas de interés capital para comprender las relaciones que entablaban entre sí cada uno de los miembros de la sociedad. Por ejemplo, la escisión entre lo «público» y lo «privado», inexistente para los cortesanos, indicaba que la orientación de la vida era «privada» (los aristócratas no tenían ni ejercían una profesión), que las cuestiones económicas para ellos no eran centrales, ya que su status noble era lo que debían mantener, más allá de la disponibilidad, tenencia y usufructo de recursos «materiales».

En este sentido, el rol igualitario (con respecto al varón) de las mujeres nobles demostraba su importancia en el mundo de las relaciones cortesanas y su relevancia en función de la representación de sus familias de origen o de la familia de su marido.

De tal modo, la «representación» era central para la vida de los nobles en esta formación social, ya que en ella se ponía en juego la elaboración diferenciada de lo externo como instrumento de diferenciación social y la centralidad del ejercicio del rango social por sobre las cuestiones económicas. Todo esto apuntaba a establecer qué era un noble y cómo debía conducirse: un noble lo era por su conducta, sus hábitos, su cultura exquisita, que de ningún modo se verificaba ni se sustanciaba en la «riqueza».

Las exigencias que se imponían a la vivienda de los cortesanos como prolongación y referencia de su rango social fue uno de los nudos centrales en que se logra comprender la red de interdependencias en que dicha nobleza se situaba. Para este estrato, la cuestión del prestigio y el rango se movía en un carril bien diferente al enriquecimiento económico. Por una parte, los cortesanos estaban compelidos a invertir en sus palacios y en sus «gastos de representación» para cumplir con las obligaciones derivadas de su estamento. Por otra parte, estos gastos no se hacían en relación sino a expensas de los recursos económicos que derivaban de sus tributos por propiedades o de los favores del rey. Simplemente se debían realizar para mantenerse y actuar como noble. Con otra connotación que reforzaba la dependencia de los mismos hacia la corona: las noblezas de capa y de toga tenían la prohibición legal de tomar parte en empresas comerciales de cualquier tipo (Elias, 1993: 94).

De allí que gozar de la benevolencia del rey, para aquellas familias de la nobleza (más aún para aquellos que habían empobrecido), actuaba como factor de empoderamiento del rey. Para obtener sus favores, era necesario compartir los modos, conducirse en el mundo de la corte, las actitudes deseadas y sus valores. Sin el favor del rey, sin su condescendencia, quedaban expuestos al fin de su vida social.

Es por ello que el análisis de estos valores ayudó a comprender «un eslabón en la cadena de interdependencias coactivas a las que cada uno se halla sometido» (Elias, 1993: 102) y que colaboraron a ingresar en el *juego* de competencia que se *instauró* entre los cortesanos por alcanzar las mejores oportunidades sociales consideradas como «valiosas»⁷.

Otra expresión acabada de este particular *ethos* y conducta cortesana-aristocrática se demostraba en las exigencias de la etiqueta y el ceremonial, en cualquiera de sus manifestaciones. Cada paso de la ceremonia, en el caso paradigmático de las tareas de «devantarse del rey» (que en la época de Luis XIV

⁷ La clave para asomarse al mundo de los cortesanos la encuentra Elias en la relación entre la estructura de poder y la escala axiológica social, la que sin embargo puede encontrarse en toda formación social humana. Para el autor, estos valores se pueden examinar objetivamente, sin emitir juicios sobre los mismos ni caer en el absolutismo axiológico ni en su opuesto, el relativismo. Ambas sirven a los fines de constatar las relaciones de dependencia que se configuran entre los hombres. Al respecto, ver Elias (1993: 105-106).

incluía al menos seis «entradas» o grupos de hombres que participaban en sus diferentes fases), indicaba la posición de aquellos intervinientes en la jerarquía de poder de la corte y la cuota de dominio que les otorgaba el rey, así como exponía cotidianamente a quienes gozaban y en que grado de su magna aprobación.

La organización de esta ceremonia denotaba, al detalle, su función simbólica: «Lo que otorgaba a estos actos su significación, grande, seria, grave, era exclusivamente la valía que, dentro de la sociedad cortesana, comunicaba a los que en ellos participaban, esto es, la relativa posición de poder, el rango, la dignidad que ponían de manifiesto» (Elias, 1993: 116).

El ceremonial constituía un signo claro de las posiciones de favor del rey, daba cuenta de un modo tangible del campo de poder en el cada uno ejercía una posición diferente, y de los posibles competidores en el ascenso y en la consecución de una mejor posición en el mismo. De un modo claro, lo que hoy vemos como una conducta superflua y afuncional, era sin lugar a duda, un termómetro de la estructuración y movilidad social cortesana: «La etiqueta y el ceremonial se convirtieron (...) cada vez más en un *perpetum mobile*, que, en virtud de ser totalmente independiente de cualquier valor útil inmediato, siguió existiendo y estando en movimiento, pues lo impulsaba hacia delante un motor infatigable: la competencia por las oportunidades de status y de poder que tenían los allí involucrados en su relación recíproca, así como frente a los excluidos y su necesidad de prestigio netamente escalonado» (Elias, 1993: 118).

Las conductas claramente establecidas en el trato cortesano conformaban «indicadores» de las presiones que cada uno de los cohabitantes de la configuración ejercían sobre los demás. Al mismo tiempo, mostraban su supeditación en relación con otros, en un juego, que como otros juegos de *salón* (el ajedrez es un buen ejemplo en la obra de Elias), a cada conducta se *respondía* con otra acorde, tal como en un movimiento de piezas, y en cada «movimiento» se *ejercía* una presión y una contrapresión para acercarse más al rey. Todo ello en el marco del umbral de equilibrio que imponía la etiqueta como regla a seguir, visible y aceptada por todos.

Tal importancia adquirió la exterioridad y las acciones pautadas que, como los mapas de las habitaciones, podían ser muy buenos planos para la lectura del campo de la corte como espacio de poder y dominación. Es por ello que uno de sus aspectos sustanciales en cuanto a la conducta y presencia de cada individuo

era el control y la forma de manifestación de las emociones. Lejos de presentarse como una modalidad de «conducta racional», los cortesanos fueron el ejemplo sutil de la autoacción de las emociones pasada por el tamiz de la racionalización: «Como todo tipo de racionalidad, éste se configura en relación con coacciones perfectamente determinadas para el autocontrol de los afectos. Una configuración social dentro de la cual tiene lugar, en un grado relativamente alto, la transformación de coacciones externas en autoacciones es una constante condición para la producción de las formas de comportamiento a cuyos rasgos diferenciales uno intenta referirse con el concepto de racionalidad. El concepto complementario de «racionalidad» e «irracionalidad» se refiere entonces a la participación relativa de los afectos más transitorios y de modelos intelectuales más permanentes de los contextos observables de realidad, en la dirección individual de la conducta» (Elias, 1993: 125)⁸.

Por ello un cortesano debía tener un conocimiento cabal de todos los hombres (los dignos de conocimiento, los nobles), un manejo de sus vidas y de sus problemas, una idea formada acerca de sus debilidades y sus fortalezas, sólo para sobrevivir en un espacio social, donde una simple mirada o acto inconveniente podía precipitar rápidamente el fin de su prestigio y posición social⁹.

El manejo de la «etiqueta» fue otro de los símbolos destacados de la posición social del noble. Ésta demarcaba no sólo la ubicación de cada individuo con respecto al resto de la nobleza tomada de conjunto, sino que era un aspecto sustancial en la construcción de su identidad y de la marca de su linaje, a la vez que constituía la fuente de las obligaciones que emanaban de las mismas. Cumplir con la «etiqueta» equivalía, sin más, a detentar una existencia social: «No necesita fundamentarse en ninguna utilidad. En ella, la sociedad cortesana se presenta a sí misma para sí misma, cada individuo se destaca de todos los demás, todos los individuos juntos se destacan frente a los que no pertenecen a tal sociedad y, de ese modo, cada individuo y todos los individuos en conjunto acreditan su existencia, como un valor por sí misma» (Elias, 1993: 140).

8 La cuestión del control de las emociones como aspecto central del proceso civilizador es examinada por Brandão (2007).

9 Observar, manipular y controlar los afectos son parte de las capacidades que debe desarrollar un cortesano a fin de poder competir en el juego de las oportunidades de poder.

Las cosas por sí mismas no tenían valor en esta sociedad sino que eran las personificaciones de las cosas, lo que ellas representaban las hacía valiosas. El honor fue otra de las claves para la comprensión de la conducta y las maneras que el mismo se imponía en la vida cotidiana de sus miembros. Por honor y distinción, la nobleza «obligaba», en una configuración en la que la vida estaba subordinada a mantener o conseguir los más altos escaños en la pirámide restringida del mundo social.

En esta configuración perfilada por los valores centrales del poder, el prestigio y el honor, las presiones que se ejercían (y que eran ejercidas) sobre los sujetos eran múltiples y se evidenciaban en modos velados o expresos. La evasión romántica del arte cortesano conformaba, según nuestro autor, una muestra del deseo de escape a los condicionamientos que imponía el ceremonial, la etiqueta, el control de las emociones y con ellos las obligaciones y exigencias a las que estaba expuesta la nobleza. En sus producciones literarias y pictóricas, tal fuga se presentó como regreso al pasado, a una vida natural, bucólica y pastoril: «La luz peculiarmente romántica en la que se envuelve el pasado, la luz de la añoranza invisible, de un ideal inalcanzable, de un amor irrealizable, constituye el reflejo del conflicto (...) de hombres que no pueden destruir las coacciones bajo las cuales padecen, provengan del poder o de la civilización o de una combinación de ambos, sin acabar con la base y distintivo de su posición social elevada y con lo que da, a sus propios ojos, valor y sentido a su vida, sin destruirse a sí mismos» (Elias, 1993: 297).

El retorno a ese pasado hacía referencia al lugar perdido de la nobleza rural, al mismo tiempo que mostraba la autonomía relativa de la que gozaba frente al absolutismo del rey. También refería a la autolimitación del imperio de las emociones que se ponían en acto en la sociedad guerrera. El dominio del acortesamiento se produjo por el triunfo de una doble coacción: externa, dada por la consolidación del monopolio de la tributación y de la fuerza física por parte de la monarquía, e interna, llevada a su clímax por el autocontrol de las emociones, ejercido por cada individuo sobre sí¹⁰.

La nobleza fue así, para Elias, víctima de sus propias máscaras. No podía ni quería dejar la protección del rey, de quien dependía para su subsistencia social y

10 Sobre el paso de la sociedad guerrera a la sociedad cortesana refiero al texto de Elias «El proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas».

en gran medida material. Tampoco podía sobrevivir en la corte, que era su espacio de poder y dominación, sin ejercitar y hacer cumplir el control emocional de sus actos¹¹.

Eliás demostró a través de sus descripciones y análisis un mundo social cortesano muy alejado de la homogenización histórica que se hacía en forma recurrente. Un mundo móvil de contiendas permanentes por el poder y por escalar aún más allá en su cúspide. En él las luchas eran permanentes y cruentas, enmascaradas en el brillo de sus movimientos galantes y sutiles.

Aún con la riqueza de este aporte, la intención de Eliás iba más allá, pues pretendía demostrar cómo las presiones y el poder, en una determinada configuración social, no sólo podían comprenderse de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, sino que potenciaban su riqueza en la verificación de su horizontalidad. Para el alemán: «El uso de palabras como 'poder' o 'autoridad' (...) puede obstruir el camino para comprender la relación entre coacción y contra-coacción en el entramado humano de interdependencias (...) en toda forma de 'poder' —como lo muestra este estudio sobre el poder de Luis XIV— se trata de relaciones de equilibrio más o menos lábiles y sobre todo de equilibrios de poder. Como instrumento analítico más global, hay que preferir el concepto de «coacción», entendiéndolo en el sentido de una coacción recíproca de hombres sobre hombres, aunque no necesariamente de la misma fuerza; usándolo en el sentido de una coacción de configuración en el marco del análisis de interdependencias y no de una coacción de normas o principios aparentemente «extrahumanos» (Eliás, 1993: 348-349).

Por supuesto, esto no equivalía a negar las direcciones verticales del poder y sus disputas entre diferentes estratos sociales. Como si hubiera previsto la discusión al respecto, Eliás culmina el texto de la sociedad cortesana con las querellas de poder en los prolegómenos de la Revolución Francesa. Pero llegó a ella con un plano más completo y complejo acerca de las contradicciones y luchas al interior

11 Eliás cuida que el autocontrol de las emociones no adquiera el sentido atribuido a la alienación. Para él, éste es un proceso autoconsciente, que se desarrolla en las sociedades cuya estructura específica «exige un enmascaramiento relativamente elevado, estable y uniforme de los impulsos emocionales momentáneos, como medio para sobrevivir y tener éxito socialmente, como una peculiaridad integral de la estructura de la personalidad» (Eliás, 1993: 318). Es decir, que este autocontrol conforma el aspecto psicogenético del proceso civilizatorio.

de la élite nobiliaria, a la que *trascendió* para alcanzar el enfrentamiento de los nobles con la burguesía en ascenso y a las fracciones burguesas en sus tensiones internas.

Lo que percibía el sociólogo era la crisis de la formación social cortesana, mirada desde la impronta de la élite que monopolizaba el poder. Dicha crisis, para Eliás, fue producto de la emergencia de grupos que antes habían estado excluidos del manejo de los monopolios centrales del Estado (el de la violencia física y el de la imposición y distribución de tributos) y que socialmente se hacían más fuertes y comenzaban a disputarlos.

Sin embargo la crisis de esta formación social se reconoció en la emergencia y disrupción de una nueva fuerza social con voluntad de cambio. Crisis que, al modo gramsciano (pero planteada en el polo opuesto del análisis del italiano), también reconoció posibles salidas alternativas a la misma, siempre desde la mirada del grupo dominante. La dificultad de la nobleza en vista de la consolidación de la burguesía tenía potencialmente varios caminos por los cuales discurrir: a) la admisión institucional regulada de los grupos que se estaban haciendo socialmente más fuertes; b) el intento de mantener la posición subordinada de los nuevos grupos, con concesiones sobre todo económicas, pero sin otorgarles acceso a los monopolios centrales; c) la incapacidad de las élites en comprender que había cambiado la situación social y, por consiguiente, la situación de poder (Eliás, 1993: 359).

Sabemos que lo que se dio en Francia fue la tercera opción. Empero también, que en su largo proceso de declive y aún luego de la Revolución y la Restauración, esta formación social dejó profundas marcas. La configuración en el poder ya no fue la del rey y su corte, más la burguesía en su lugar, conformó una nueva élite con características diferenciadas.

La obra de Eliás termina aquí. De un modo muy abierto y casi como un llamado expreso, el fin de su libro aparece como una invitación: ¿Cómo fue la configuración que construyó la burguesía como centro? ¿Cuáles las relaciones de dominio entre sus diferentes fracciones? ¿Cómo fueron las luchas intestinas entre sus capas y las dependencias que tejieron, mirando que ante sus ojos se alzaba otro/nuevo oponente? Esa es pues la investigación que estamos llamados a hacer nosotros.

A modo de conclusión. Una invitación al abordaje de la complejidad

A problemas complejos respuestas complejas. Este es el objeto del presente escrito que se resume en la convocatoria a leer la propuesta eliasiana en clave interpretativa actual.

Los que actualmente se dedican a la investigación sociológica buscan/ buscamos incansablemente algunas pautas mediadoras para comprender la vorágine global transformadora de la sociedad contemporánea cuyo impacto se muestra hasta en sus diminutos intersticios.

Propondré entonces tres aspectos en los cuales abrevia el recorrido que hemos realizado, que colaboran a rescatar la obra de Elias: la vocación por acercarse a la totalidad, su perspectiva relacional-histórica y la creatividad de su producción¹².

La primera se funda en considerar a los análisis sobre lo social como parte integrada de una totalidad expresiva de las instancias canónicas de la economía, la sociedad, la política y la cultura (Miceli, 2001: 117).

El rescate de esta obra refiere a la necesidad de trascender la fragmentariedad de objetos, temas y problemas que pueblan los programas de investigación actual y que si bien constituyen un aporte en tanto «caso» o «singularidad», precisan recomponerse en un marco relacional que les otorgue sentido. Si bien este problema deriva de las formas actuales de organizar y producir el conocimiento científico, reconoce al mismo tiempo la dominancia de una mirada parcial que coloniza a nuestro campo disciplinar (Collado, 2008). La hiperespecialización de la sociología ha redundado en una búsqueda de originalidad que no proviene generalmente del análisis o el enfoque, sino de la elección del caso y sus particularidades, los que poco frecuentemente son fruto de una reflexión situada. Sobre esto, el repaso que hicimos acerca del modo de construir las figuraciones en la obra de Elias y su capacidad heurística para dar cuenta de las características que perfilan a una particular formación social consolidan el nexo inescindible que debemos efectuar entre teorización y realidad social. Con este horizonte, podremos nuevamente colocarnos como herederos de la tradición clásica de la sociología, en tanto productores de conocimiento que intentan explicar *lo social* como complejo-concreto sin olvidar sus tonalidades.

12 No es aquí el lugar para hacer referencia a las críticas fructíferas que se han realizado a la obra de Elias. Sobre esta cuestión, referimos al texto de Justo Serna (2004).

Es importante desde luego destacar que una parte significativa de la sociología contemporánea está dando muestras de este reacomodamiento, después del movimiento pendular que al derribar las teorías «totalizadoras» la situó en la indagación iconoclasta del fragmento.

La segunda cuestión se relaciona con la imbricación entre sociología e historia. Sobre este tópico, debemos reconocer la necesidad imperiosa de conectar los problemas de investigación con su génesis histórica. En este sentido, en nuestro país llevan la delantera los estudios de la historia reciente y de la memoria, que ponen al servicio de los dilemas sociales la minuciosidad de las formas de trabajo (métodos y técnicas) historiográficas.

Más allá de esta conexión necesaria que trasunte la coyuntura de las problemáticas sociales, el trabajo socio-histórico puede colaborar a saltar el marco que impone la sociología comprendida como ciencia erudita. En este sentido, trazar «genealogías» de nuestros problemas presentes y sus sujetos (establecer un vínculo entre conocimientos y memorias locales rastreados en acontecimientos y momentos históricos), puede situar en una crisis fructífera a los marcos conceptuales y categoriales con los que generalmente trabajamos y que no «encajan» con la complejidad social¹³.

Finalmente, nos preguntamos acerca de la posibilidad creativa del conocimiento sociológico. Muchas veces quedamos en este punto atrapados en las directrices que pautan las formas legitimadas y dominantes de hacer ciencia social. Sobre todo en los pares dicotómicos que usamos para su reflexión y análisis, los cuales son muy difíciles de sortear: macro-microsociología; sujeto-objeto; pasado-presente; continuidad-ruptura; cuantitativismo-cualitativismo (entre muchos otros).

13 El sentido que se otorga aquí a «genealogía» sigue a Michael Foucault: «Llamemos si ustedes quieren *genealogía* al acoplamiento de los conocimientos eruditos y las memorias locales, acoplamiento que permite la constitución de un saber histórico de las luchas y la utilización de ese saber en las tácticas actuales. (...) poner en juego unos saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados, contra la instancia teórica unitaria que pretende filtrarlos, ordenarlos en nombre de un conocimiento verdadero, en nombre de los derechos de una ciencia que algunos poseerían (...) las genealogías son anti-ciencia (...) se trata de la insurrección de los saberes (...) una insurrección en primer lugar y ante todo, contra los efectos de poder centralizadores que están ligados a la institución y al funcionamiento de un discurso científico organizado dentro de una sociedad como la nuestra» (Foucault, 2006: 22).

Aquí Elias provee una propuesta fecunda al integrar aspectos psicogenéticos y sociogenéticos y abre paso a la posibilidad de incursionar por y a través de la sociología hacia una forma nueva de comprender a los sujetos y sus relaciones en un espacio-tiempo y en tanto proceso histórico. La interpenetración necesaria entre sujeto y objeto y su demostración en un estudio concreto-real dejarán en el investigador que encare una tarea de este tipo la certeza de haber cumplido con la máxima según la cual cada hombre es parte del entramado social del cual él mismo es productor y producido. Y con ello, asegurará que la producción de este conocimiento es tan original como la figuración que el investigador ha construido a partir de la realidad que problematiza.

La creatividad, como lo demuestra el sociólogo alemán, podemos buscarla en numerosas pistas que en general no se encuentran porque están demasiado a la vista. Las fuentes que Elias interroga y su tratamiento pueden movernos a profundizar la mirada sobre nuestras propias observaciones y así resituar problemas o reformularlos.

En ese sentido, el lector atento encontrará incontables rastros en la «sociedad cortesana» que van mucho más allá del relato de los avatares de la élite circundante de Luis XIV. Juegos de presiones y contrapresiones, formas de manipular al oponente, ejercicio de control de las emociones (tanto para identificarlas como para encauzarlas a su favor), observación sistemática de los gestos, modos de representar y representarse, distinciones que se ejercen en las personificaciones de las cosas y en el valor social de las personas.

En el *racconto* exhaustivo del texto, pretendimos empero ser fieles a la propuesta del autor y no cometer el error, que él mismo señala, de hacer lecturas del pasado con la lente del presente. Esto quiere decir que las sociedades y comunidades históricas son singulares y que si bien participan del devenir posterior (como sedimento, saber acumulado o residuo), no debemos caer en el sesgo de basar la comprensión de formaciones sociales anteriores según nuestras coordenadas sociales, nuestro espacio y nuestro tiempo.

Pero sí podemos y creo que debemos, utilizar sus aportes como caja de herramientas que nos ayudan a abordar la realidad social desde sus determinaciones múltiples. Las configuraciones, la conformación de un entramado de red de dependencias aparece en las sociedades actuales como ineludible para examinar las transformaciones en el mundo del trabajo, la dinámica del capital, la

cultura, la comunicación y hasta los movimientos sociales, entre muchos otros. La invitación a asumir el reto ha sido lanzada.

BIBLIOGRAFÍA

- BÉJAR, Helena; ELIAS, Norbert. «Retrato de un Marginado». En *Revista REIS*, N°64, Madrid, 1994, pp.13 a 26.
- BRANDÃO, Carlos da Fonseca. *Os processos de civilização e o controle das emoções*, EDUSC, 2007, Sao Paulo.
- CHARTIER, Roger. «Procesos de larga duración y discontinuidades. Diálogo con Elías». En CHARTIER, Roger. *El juego de las reglas: lecturas*. FCE. Buenos Aires, 2000, págs. 291-294.
- COLLADO, Patricia. «Que decir del estado actual de las ciencias sociales». En CIRIZA, Alejandra, PASSERA, Carlos, editores, *Pensar la investigación desde la universidad*, EDIUNC. Mendoza, 2008.
- ELIAS, Norbert. *La sociedad de los individuos*. Península. Barcelona, 1990.
- ELIAS, Norbert. *La sociedad cortesana*, Fondo de Cultura Económica-México, 1993.
- ELIAS, Norbert. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1993.
- ELIAS, Norbert. *Mi trayectoria intelectual*. Península, Barcelona, 1995.
- FOUCAULT, Michael. «Defender la Sociedad». Curso en el Collège de France (1975-1976). Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 2006.
- GRAMSCI, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, sobre Política y sobre el Estado Moderno*. Juan Pablos Editor. México, 1978.
- MICELI, Sergio. «Norbert Elias e a questão da determinação». En WAIZBORD, Leopoldo (org). *Dossiê Norbert Elías*. EDUSP. Sao Paulo, 2000.
- PARSONS, Talcott. *La sociedad: perspectivas evolutivas y comparativas*. Trillas México, 1974.
- SERNA, Justo. «Norbert Elias y la caída de la civilización». En revista *Prohistoria*, N°8, Rosario, Argentina, 2004, pp.137-150.
- WAIZBORD, Leopoldo (org). *Dossiê Norbert Elías*. EDUSP. Sao Paulo, 2001.
- WEBER, Max. *Economía y Sociedad*, Fondo de Cultura Económica, 2 Vol, México, 1984.